

15 de Setiembre 1963

Núm. 11

Año VII

BOLETIN  
DE LA  
ACADEMIA COSTARRICENSE  
DE LA LENGUA  
CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA



DESCATALOGADO

SAN JOSE, COSTA RICA

# BOLETIN DE LA ACADEMIA COSTARRICENSE DE LA LENGUA

PUBLICACION SEMESTRAL

Suscripción a 4 números corrientes .... U.S.A. \$ 1.00

Precio de este cuaderno ₡ 2.00 ..... \$ 0.30

(Franco de porte)

El precio de las suscripciones puede remitirse a la Administración del Boletín de la Academia Costarricense de la Lengua.—Sala España, Biblioteca Nacional—, San José, Costa Rica.

Editor responsable:

Sr. D. ARTURO AGÜERO CHAVES

## SUMARIO :

DISCURSO DE INCORPORACION DEL ACADEMICO D. LEON PACHECO .....	3
DISCURSO DEL ACADEMICO D. ARTURO AGÜERO CHAVES PARA CONTESTAR EL ANTERIOR .....	19
LA ACADEMIA COSTARRICENSE DE LA LENGUA EN EL AÑO DE 1962 .....	23
LA ACADEMIA ESPAÑOLA TRABAJA .....	26
NECROLOGIA	
Dr. Arnald Steiger .....	29
LISTA DE PUBLICACIONES RECIBIDAS .....	31

ACTUALES ACADEMICOS DE NUMERO  
DE LA ACADEMIA COSTARRICENSE DE LA LENGUA

- Sr. D. Hernán G. Peralta - *Director*  
Sr. D. Juan Trejos Quirós - *Secretario*  
Sr. D. José Marín Cañas - *Tesorero*  
Sr. D. Otilio Ulate  
Sr. D. Moisés Vincenzi  
Sr. D. Julián Marchena  
Sr. D. Samuel Arguedas  
Sr. D. Luis Demetrio Tinoco  
Sr. D. Carlos Orozco Castro  
Sr. D. Luis Felipe González  
Sr. D. Alejandro Aguilar Machado  
Sr. D. Enrique Macaya Lahmann  
Sr. D. Abelardo Bonilla  
Sr. D. Arturo Agüero  
Sr. D. Hernán Zamora Elizondo  
Sr. D. León Pacheco Solano  
Sr. D. José María Arce Bartolini - *electo*  
Sr. D. Cristián Rodríguez - *electo*



# Boletín de la Academia Costarricense de la Lengua

Año VII

15 de Setiembre de 1963

Núm. 11

## Discurso de incorporación del académico D. León Pacheco

El 16 de abril de 1963 tomó posesión de la silla S el nuevo académico y pronunció el siguiente discurso:

Señores Académicos,  
señoras y señores:

El destino literario, el más caprichoso de los destinos, me lleva a ocupar el sillón académico que prestigió el gran señor de las letras costarricenses que fue don Víctor Guardia Quirós. Nada más sorprendente para mí y quizás para muchos de los aquí presentes. La legítima admiración que todos los costarricenses sienten por el jurista acucioso, por el estilista recio y por el hombre vital que fue don Víctor Guardia Quirós, la sentiré aun más yo, con singular emoción, de ahora en adelante. En primer lugar porque cada vez que ocupe su sillón durante las sesiones de la Academia Costarricense de la Lengua, viviré bajo la inspiración de su espíritu tolerante que el insigne escritor expresó, con pasión humana, en una lengua pura y sencilla. En segundo lugar porque por una serie de circunstancias ambos somos espíritus de formación literaria muy parecida, pues ambos alimentamos nuestras conciencias en una cultura netamente francesa. Los mismos maestros nutrieron las jóvenes inteligencias, con años de distancia, de dos estudiosos costarricenses en las noches de insomnio del barrio de la Sorbona, y la misma lengua los hizo pensar con idéntica claridad. esa claridad que, paradójicamente, es lo único claro bajo los grises únicos de París.

Don Víctor Guardia Quirós fue temperamentalmente un escritor y un jurista a regañadientes; pero la rigidez ágil de esta última disciplina la puso siempre al servicio de su talento de escritor, tal vez uno de los más notables con que cuenta la historia literaria de Costa Rica. Es indudable que este temido pole-

mista escuchó en su lejana juventud el consejo de Stendhal de que todo escritor, antes de sentarse a escribir, debe leer por lo menos una página del Código Civil de Napoleón. En efecto, el escritor debe convencer y la claridad, como la luz, es lo único que convence: nada es más claro que un código quizás porque nada es más complicado que el corazón humano. El novelista romántico tenía razón al dar su consejo que él mismo practicó, sin la menor duda. Por eso su Julián Sorel, el héroe de *Le Rouge et le Noir*, aquel apasionado de la angustia amorosa que va hasta el cadalso para vivir plenamente la claridad de su pasión, es el más robusto de los personajes stendhalianos. “Si —afirma Paul Valéry cuya prosa es agua cristalina—, la claridad para mí es tan poco común que no la veo en toda la extensión del mundo, y singularmente en el mundo que piensa y que escribe, sino en la proporción en que existe el diamante con respecto a la masa del planeta”. La prosa de don Víctor Guardia Quirós es, pues, como ese diamante excepcional a que alude el autor de *Eupalinos*. Por eso es uno de los más recios escritores costarricenses, pues aprendió el arte de ser claro bajo los cielos de París para ser deslumbrante bajo los cielos de los trópicos, donde le tocó sobrevivir, que es siempre más trágico que vivir.

Corta es la obra literaria de don Víctor Guardia Quirós; sin embargo, esta breve obra está plena de sustancia y está escrita en una prosa jugosa. “Los pequeños cuidados”, que decía Rubén Darío, ocuparon gran parte de las horas de los días de esta inteligencia, lo que nos privó de una obra literaria más intensa y extensa. Es verdad que cuando la vitalidad agresiva y honrada de su espíritu fue más fuerte que él mismo, se agarró a la galera pesada del periodismo en el que dio lo mejor de su cosecha. Pero el periodismo es cosa pasajera porque vive de lo más pasajero de las pasiones del hombre, por lo menos del hombre que se mueve en el tiempo intrascendente de las circunstancias. Un jurista y un periodista, cuando en ambas profesiones se es superior, “no riman”, para decirlo con expresión muy francesa. El periodismo es, pues, el precio que se paga por la pasión desinteresada de las letras, ya que no sólo de “amor y agua fresca vive el hombre”.

Hay unas páginas de don Víctor Guardia Quirós en que se siente la tristeza por el bien estético no cumplido, porque la vida fue más urgente que el espíritu. Estas páginas las constituyen una serie de consejos a los jóvenes sobre el arte de actuar y de pensar. Más de actuar que de pensar. El espíritu que el escritor revela en ellas es un tanto escéptico, una especie de cansancio del oficio de pensar y un grito de angustia frente a los nuevos problemas que

se le planteaban a las nuevas generaciones de ese entonces. Su actitud recuerda el examen de conciencia de Ernesto Renán en su libro *El Porvenir de la Ciencia* que fue escrito hacia 1848 y publicado después de la guerra franco-prusiana de 1870. Es una mezcla sabiamente dosificada de elegancia y pesimismo. “Y consagremos la libertad de conciencia, en su máximo —dice don Víctor— como el primer jalón del hombre nuevo”. Pero luego agrega: “No podrá ser hombre nuevo quien por adelantado no se despoje de la intolerancia del credo, la que no es otra cosa, en suma, que la propia regresiva tiranía de conciencia en que gestó el emblema de la Cruz”. ¿Sintió don Víctor Guardia Quirós toda la tragedia que se acercaba, sustentada por los fanatismos más regresivos que el hombre ha concebido a través de la historia? Quizás de estas reflexiones premonitorias que expone a un grupo de jóvenes latinoamericanos que se reunieron en San José en 1933 para discutir los problemas del momento, provenga su escepticismo de buena ley en hombre acostumbrado a manejar las leyes que rigen necesariamente las relaciones de las sociedades humanas. El último consejo que les da a los jóvenes son estas reflexiones que parecen dirigidas más bien a su escepticismo irredimible: “La guerra, la opresión, podrán transformarse en su estilo de concepción o modalidad; pero han de sobrevivir como la mala yerba, a los mejores propósitos de extirpación por el tallo”.

No se trata, sin embargo, de que la claridad de pensamiento como la claridad vital sean fuerzas que conducen a la negación de la esperanza humana. No, de ninguna manera. Muy por el contrario. Llegan siempre a la afirmación de la conciencia. Quizás sea la monotonía cotidiana de la vida, que decía el humorista, la que induzca al escepticismo, esta enfermedad tan nuestra que el novelista argentino Manuel Gálvez llama “el mal metafísico”. Tal vez sea el comercio con los demás hombres. Puede ser también el confrontamiento con la propia inutilidad de la inteligencia, cuando ésta se encara desafiante a los problemas humanos que por humanos no necesitan solución. Dichosamente para el escritor existe el bien supremo de la lengua que es el cordón umbilical que lo une a Dios. Las ideas pueden fenecer, pero el pensamiento encarnado en el ritmo del verbo no puede perecer porque el hombre es eterno en el verbo. Dios creó el mundo de la nada, mas cuando la luz apareció, la claridad le dio forma a esta extraña creación, tan misteriosa y tan real, en que todos vamos pareciendo, a brincos y a saltos.

Desde el siglo XVIII, y aun antes, la influencia francesa en las letras españolas ha sido importante. Esta influencia fue menor en Latinoamérica debido a la dependencia colonial que como

toda dependencia es siempre limitación. Sin embargo, ya desde mediados del siglo XVIII comienza Europa, sobre todo Francia, por medio de las misiones científicas, a abrirles los ojos a nuestros humanistas sobre múltiples posibilidades continentales hasta entonces ignoradas. Sería inútil preguntarse si la poetisa mexicana Sor Juana Inés de la Cruz leyó a los clásicos franceses del siglo XVII, sobre todo a Descartes y a Pascal. Pero si la poetisa los desconoció es indudable que sí los frecuentó don Carlos de Sigüenza y Góngora, el sabio sobrino de don Luis de Góngora, que por entonces vivía y profesaba en México. Sin embargo, en el extraordinario pensamiento de la poetisa se trasluce el racionalismo pascaliano y aun el método cartesiano en su *Respuesta a Sor Filotea*, documento único de la literatura latinoamericana que Alfonso Reyes coloca al lado de *La Introducción al Método de Leonardo de Vinci* de Paul Valéry.

Pero es cuando los primeros viajeros latinoamericanos dirigen sus pasos hacia Europa, a través de España, por supuesto, cuando en realidad comienza a sentirse la influencia del viejo mundo. España tiene un siglo XVIII casi estéril, y hacemos esta afirmación no en un sentido peyorativo, sino pensando en la grandeza universal del milagro artístico y humano de sus siglos XVI y XVII. Las dinastías gobernantes en España y Francia están entonces unidas por un pacto de familia que hace factible el contrabando, por las aduanas del espíritu, con tanta intensidad como el que hace de mercaderías por las fronteras geográficas que separan y unen a ambas naciones. No se puede negar que Miguel de Montaigne, con su espíritu de tolerancia, está muchas veces presente en las páginas del Padre Feijó. Tampoco se puede negar que don Diego de Torres Villaroel leyó los capítulos apasionantes de *Las Memorias* del cardenal de Retz. Y que don Gaspar Melchor de Jovellanos se inspira en las primeras teorías económicas de los franceses e ingleses para escribir su brillante *Informe sobre la Ley Agraria*. Por estos caminos del contrabando más o menos tolerado del pensamiento europeo se escurrieron nuestros escritores del siglo XVIII.

Los jesuitas humanistas que dieron con sus huesos y su sabiduría en Europa después de la expulsión de la Orden decretada por Carlos III en 1767, ayudaron en este trabajo de formación americana. Su labor fue doble. Pusieron en contacto a América con Europa, una América nostálgica, triste, es cierto, a pesar de la importancia que le dieron a las rigurosas obras científicas que escribieron en sus retiros de las Universidades italianas. Además, siguieron soñando con sus países de allende el océano, pues estos jesuitas eran auténticos latinoamericanos. Alfonso Reyes dice, al

comentar el hecho exclusivo de la expulsión de los jesuitas mexicanos: “Por lo pronto, el destierro de los jesuitas deja a la sociedad americana sin tutores espirituales. Pero si el conocimiento particular, técnico, carece en adelante de armonía y de sistema, y marcha como un orden disperso, ni ello es particular a México, ni se debe solo al destierro de los jesuitas. Es un fenómeno general de la cultura europea. Destruídos los antiguos cuadros, el conjunto se fragmenta a modo de rompecabezas, en tanto que el liberalismo científico obtiene una nueva organización. Esta, por desgracia, resultará efímera o muy distante aun de la meta, según lo sabemos por las catástrofes bélicas del siglo XX. En ella se liquida el olvido de los fines éticos, en medio de una pasmosa aceleración de las técnicas”.

Sea como fuere, este hecho trascendental de nuestro desarrollo intelectual demuestra ya un contagio del espíritu de orden del europeo en las labores del hombre americano. Lástima grande fue que los jesuitas, en su lucha apasionada contra las medidas drásticas de Carlos III, en la que comprendieron la superstición de la lengua castellana, no escribieran sus interesantísimos libros sobre América en su idioma materno, sino que echaran mano del latín y del italiano para exponer su gran mensaje humanístico y americano. Sin embargo, hubo una excepción entre ellos, la de un jesuita que escribió sus puntos de vista revolucionarios en castellano. Pero el pensamiento de este jesuita chileno, el Padre Pablo Vizcardo y Guzmán, es un pensamiento político que se enfrenta a la realidad española del momento y alienta la dinámica de los movimientos iniciales de la Independencia latinoamericana. El historiador mexicano don Carlos Pereyra ha llamado a la *Carta a los Españoles Americanos*, escrita en 1899, “el primer manifiesto de la independencia latinoamericana”. En sus frases ampulosas y en sus pensamientos generosos se siente ya el tufo penetrante de las ideas de los enciclopedistas que van modelando desde entonces la armazón de nuestras actuales democracias. Es con este documento en mano que el general venezolano Francisco de Miranda, viejo veterano de la Revolución Francesa, se presenta en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Londres para pedirle al jefe del gobierno de su Majestad Británica, Sir William Pitt, apoyo para iniciar las Guerras de Independencia. Pero Miranda era demasiado europeo, quizás demasiado parisiense, para entender esta jungla política de nuestra América en que predominan el machete y el instinto. Este drama intelectual de que fue víctima el precursor de nuestra Independencia, es el que mi distinguido amigo el escritor ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide llama “las vicisitudes del descastamiento”.

En la acción no hay tiempo para pensar: el sudor del soldado enturbia sus ojos y compenetra su espíritu de pestilencias. Sobre todo cuando se es soldado de un ejército latinoamericano, montonera insigne e incorregible. Pero no otra cosa son todos los ejércitos; montoneras técnicas o montoneras primitivas. El fin justifica los medios: y el fin de todo soldado es la muerte anónima por una idea abstracta cuando no por un fanatismo sobornable. ¡Cómo deben de haber maldecido a los dioses homéricos los soldados que Ulises encerró en su famoso caballo de madera en nada diferente del Clavileño de don Quijote y Sancho! Sólo que don Quijote y Sancho soñaron cerca de las estrellas, y los griegos de Ulises se asfixiaron con sus propias miserias y hediondecas físicas en el vientre del primitivo artefacto de la estrategia militar.

Hacemos esta vaga divagación porque durante la época de las Guerras de Independencia, América vivió plenamente su vitalidad de Continente del tercer día de la creación, mientras sus hombres representativos planeaban sus acciones en función de las ideas políticas de ingleses y franceses. Solo el Dr. Mariano Moreno, en la Argentina, recuerda a Jovellanos en su *Representación*. El verbo de Simón Bolívar es el de un convencional con algo de profético. La lengua de Bolívar es pura, brillante, electriza y se adentra espontáneamente en las entrañas tibias de América. Andando los años le hará eco el verbo de José Martí, tan americano como el suyo, pero en el cual, a pesar de sus audacias modernistas, se siente el jadeo auténtico de la más bella lengua castellana. Nunca hemos podido explicarnos por qué los estudiosos de la generación del 98 no incorporan a José Martí entre sus más señalados representantes, desde el punto de vista literario. El pensamiento de Martí aunque antiespañol por razones históricas, tiene la modernidad de los mejores escritores de este renacer de España.

Otro fue el destino de Rubén Darío en el ideario estético de esta generación. En efecto, don Ramón del Valle Inclán, al estudiar desapasionadamente al poeta latinoamericano, lo considera como el legítimo forjador de la estética de los escritores de la generación del 98. ¿Se alejaba América de España, según se siente en estas manifestaciones? No, más bien se acercaba a ella al robustecer sus más auténticas virtudes y su personalidad creadora. Para llegar a este plano de "simpatías y diferencias" América se nutrió en la savia de otros países, pues sintió instintivamente que la crisis colonial estaba aun vigente no sólo en el nuevo mundo sino también en la Península Ibérica. Y la política tanto como la emoción rechazan el vacío: algo o alguien tenía que llenar el vacío que se estaba produciendo desde mediados del siglo XIX y que culminó con la guerra hispanonorteamericana. Ortega y Gasset,

por lo demás, afirmó desde hace tiempos que Latinoamérica inició su Independencia desde el mismo instante en que, en el siglo XVI, los españoles asentaron su poderío en este vasto espacio de la tierra. Las crónicas de la Conquista, comenzando por las *Cartas de Relación* de Hernán Cortés, constituyen en su esencia y en su forma un grito de rebeldía contra España del español transplantado a América: fuerza de la personalidad contra el egoísmo de la individualidad.

Quizás la última crisis del movimiento independentista cogió más desprevenidos a los latinoamericanos que a los españoles por aquello de que los árboles no dejan ver el bosque. El impacto ideológico de José Martí fue profundo en las conciencias de ambos lados del Atlántico, aun cuando su prédica llegaba de Nueva York donde había establecido su cuartel general el más genial de los espíritus cubanos.

Lo importante es que a fines del siglo XIX ya Latinoamérica estaba en posesión, para devolverle el golpe al nuevo peligro que se avecinaba, de su propia lengua, de su propia emoción, de su drama exclusivo. Además, su mensaje un tanto nebuloso aún por el apresuramiento juvenil de la generosidad de sus minorías que al mismo tiempo eran sus mayorías, era un mensaje que se presentaba con el acicalamiento de las nuevas corrientes estéticas europeas. *Prosas Profanas* de Rubén Darío se publica en Buenos Aires en 1896: todo el alarde de una elegancia artificial en cuya emoción se sintió, sin embargo, un aliento muy americano que en el instante no se vio porque el libro constituía, por su forma, una verdadera revolución. El poeta había nutrido su numen, por control remoto, con la sensibilidad del simbolismo parisiense, pero la musa que guiaba sus cantos era morena como la garza de su cuento de *Azul* . . . Pero en 1904 Rubén Darío saluda a América, su América, con su brava y rítmica oda a Roosevelt: en el escalofrío bíblico del poema tiene tiempo de tomarle el pulso al poeta de la democracia norteamericana, Walt Whitman, cuyos trancos sigue sin inmutarse hasta la eternidad. En medio del deslizarse cadencioso de sus cisnes el poeta irrumpe con su fuerza de gran americano y las aves voluptuosas se estremecen en la tempestad que levanta su verbo indignado. Poco importa que años más tarde Rubén Darío salude a la potente nación del Norte con la *Salutación al Aguila*: el zarpazo americano estaba clavado en las alas de la misma águila cuyas plumas caían sobre el mundo con movimientos simbólicos.

Los españoles pudieron refugiarse en el pasado al saltar hacia lo imprevisto que les deparaba la historia contemporánea.

Los americanos no pudieron hacer lo mismo, pues sólo hubieran logrado retroceder a los siglos coloniales. Justamente los hechos de 1898 señalaban la liquidación definitiva del pasado de pueblos que trataban de liberarse, de una vez por todas, de su dependencia política, económica y social. Pero algo los unía a los españoles, por lo menos desde el punto de vista literario y de las consecuencias históricas inmediatas que ambos presentían en las acciones futuras del país victorioso de esta guerra desigual. Esta uniformidad sensible hizo, en las disciplinas literarias, que el ensayo fuera la expresión común de ambos para reflexionar sobre ideas y emociones no siempre comunes pero inevitablemente paralelas.

Los escritores del 98, generación española y latinoamericana de poetas y ensayistas, inician el tipo del verdadero ensayo tal como lo cultivan los otros escritores europeos, sobre todo de Francia e Inglaterra. Para los españoles Angel Ganivet había trazado la ruta a seguir, pues su *Idearium Español* lo publicó en 1896, dos años antes del desastre. En este claro y denso ensayo, pulido en los talleres de la mejor lengua castellana por un viajero acucioso cuyo paralelo espiritual pasaba siempre por París, se presiente ya esa melancolía ancestral de la raza que don Miguel de Unamuno llama el senequismo, por no llamarla el españolismo eterno que es desgarradoramente afirmativo en el grito de don Quijote: “¡Yo sé quién soy!”.

Don Eduardo Gómez de Baquero en su estudio sobre los ensayistas de la generación del 98 dice con pleno conocimiento de causa, pensando en Angel Ganivet: “Este anhelo de descifrar el enigma histórico, de aclarar el destino español, buscando la clave en el carácter y en la constitución social del pueblo hispano, es el sentido general de los nuevos ensayistas. Sus escritos han querido ser además de una interpretación, un examen de conciencia. El alma española se ha asomado a sí misma con un interés apasionado, buscando en lo íntimo del pasado y del carácter la respuesta a la Esfinge que le salía al paso”. Pero Gómez de Baquero había explicado con anterioridad el nuevo estilo de la vida española en una línea de conducta que atañe también muy directamente a los latinoamericanos: “Las adversas guerras coloniales —dice— terminadas por la guerra con los Estados Unidos, no produjeron en España una revolución, pero sí una sacudida espiritual y un deseo de reforma y de vida nueva en los círculos intelectuales. El ambiente que se formó que, aunque no alcanzase una gran difusión, moldeó algunas inteligencias sobresalientes, fue a la vez de culto a la voluntad y de intelectualismo; de retorno a los clásicos con sentido crítico y de un cierto cosmopolitismo curioso y atento a todas las culturas, en que la secular influencia

francesa cedió el paso a otros valores como Nietzsche y los rusos, y ella se transformó, pasando a los autores más influyentes del siglo XIX, y en el siglo XVI a Montaigne, a los clásicos del gran siglo y a los resucitados como Stendhal". Así, pues, fuera de sus clásicos, los hombres de esta generación que no quisieron o no pudieron hacer una revolución, se agarraron de dos franceses contradictorios y de un alemán nihilista.

Pero también los latinoamericanos, muy avezados en los pugilatos literarios y políticos locales y provincianos, se enfrentaban a los grandes problemas universales que les atañían más de cerca como maestros del ensayo. Es cierto que el escritor ecuatoriano don Juan Montalvo había publicado en 1873, antes del modernismo, *Los Siete Tratados*, tallados en la rica cantera de Montaigne; pero antes se le había ocurrido escribir *Los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, curiosa mezcla de pedantería clásica y de abuso monteniano en que no cayeron ni los ensayistas españoles ni los ensayistas latinoamericanos de comienzos de este siglo.

Si los españoles contaban con el refugio en su pasado para consolarse de las pérdidas de su presente, en cambio los latinoamericanos no podían comulgar con "lo íntimo del pasado y del carácter", porque carecían de historia propia y quizás también por el impaciente desco de construir su conciencia en la búsqueda de los problemas del presente, de su presente vital, para darle razón de ser a su pensamiento. José Enrique Rodó, el recio ensayista uruguayo, que había nutrido su espíritu en la lectura de Ernesto Renán, de Hipólito Taine, de Guyeau y de los trascendentalistas norteamericanos, publica en 1900 *Ariel*. Es una oración cívica escrita en una prosa limpia y emotiva en que, con erudición helénica, le ofrece "lechuzas a Pallas Athenea", olvidando quizás el consejo de su maestro Ernesto Renán. Pero *Ariel* es un grito americano. José Enrique Rodó trata en sus páginas de deslindar los campos entre lo sajón y lo latinoamericano, colocando a los norteamericanos bajo la dictadura de Calibán y a los latinoamericanos bajo la protección de Ariel, genio del aire. Poca importancia tienen los errores generosos de este príncipe del estilo y tampoco su serena agresión. *Ariel* ha sido uno de esos ensayos definidores de América por su deslinde de valores y por la elegancia de la prosa. Rodó, en estas páginas juveniles, no escribe en la genuina lengua española, escribe en un castellano universal que ostenta un fuerte colorido americano. Rodó es escritor que piensa por cuenta propia con todos los riesgos que esta actitud significaba entonces en un continente acostumbrado a obedecer: su ensayo inicia, pues, el siglo XX con un "canto de vida y esperanza". Rodó había criticado con anterioridad a Rubén Darío por su amor a la forma

pura, por su falta de alma, y había auscultado en los poemas de *Prosas Profanas* la influencia de los poetas franceses que habían presidido las fiestas galantes de Paul Verlaine. La suya era una especie de curación en salud. Pero antes que él el espíritu atento de don Juan Valera había adivinado este cambio de rumbo de la sensibilidad americana en su *Carta sobre Azul* . . . cuya publicación data de 1888. Uno criticó al poeta en americano, con pasión briosa; el otro en español escéptico, ahito de Europa cuyas pasiones ideológicas y sentimentales se las sabía de memoria.

Así va definiéndose Latinoamérica, es decir, alejándose nostálgicamente de España para incorporarse al mundo occidental, en marcha hacia adelante, y no en un retroceso hacia la historia que hizo posible la síntesis milagrosa de su civilización, pero en la cual no había participado sino como proveedora de materias primas. La lengua y la religión la unen indefectiblemente a España, pero de ella la separan cada vez más la raza y el pensamiento. Y esto porque no tiene historia propia, esa estafa del pasado. La verdadera historia latinoamericana es la que están haciendo sus pueblos entre hazañas pintorescas, si no fueran sangrientas, de generales folklóricos y millones de analfabetos, materia prima la más explosiva de sus reservas: la suya es, pues, la historia de todos los pueblos que ensayan sus primeros pasos en la dimensión supersticiosa del tiempo. El niño no tiene por qué creer en los viejos: la lógica indica la posición contraria. Por eso generalmente los viejos imponen su autoridad arbitrariamente. Para hacer la historia se necesita fuerza muscular y nunca nostalgia de glorias pasadas: la historia es un "negocio" muy exclusivo de las hormonas. Los griegos caminaban cientos de kilómetros para coronar a los héroes de los juegos nacionales y no para llorar a quienes hicieron posible el milagro del helenismo. Los griegos tenían conciencia de que ellos eran ese mismo milagro helénico. Pericles entierra a los soldados muertos en acción, pero no olvida de decirles a sus conciudadanos: "¡Ay de aquel que al comenzar una revolución piensa más en sus comienzos que en sus fines!".

Don Andrés Bello, que aprendió sus actitudes pragmáticas en Londres, les dio a estos pueblos la primera lección de cómo se escribe la historia política de un continente en ciernes: lo hizo cuando escribió su gramática. A la constitución de una gramática abstracta cuyo origen está en el pensamiento imperialista del padre Nebrija, don Andrés Bello opuso la estructura de una gramática funcional, única forma de expresión accesible para pueblos en peligro de disgregarse totalmente desde el punto de vista espiritual, pues desde el político, su fragmentación era inevitable

como consecuencia del vasto mundo en que les tocaría actuar. En efecto, la *Gramática Castellana* de Nebrija, que comenzó a escribir en 1492, era “la primera gramática de lengua romance que se escribía en la Europa Humanística y fue escrita en esperanza cierta del Nuevo Mundo, aunque aún no se había navegado para descubrirlo”, dice don Ramón Menéndez Pidal. Este pensamiento ambicioso, basado en las reglas ya inmutables del latín, el viejo confesor de Isabel la Católica, Fray Hernando de Talavera, lo reafirma con las reflexiones que hace a su regia protectora: “Después que Vuestra Alteza meta debajo de su yugo muchos pueblos bárbaros y naciones de peregrinas lenguas, y con el vencimiento aquellos tengan necesidad de recibir las leyes que el vencedor pone al vencido, y con ellas nuestra lengua, entonces por esta arte gramatical podrán venir en el conocimiento de ella, como agora nosotros deprendemos el arte de la lengua latina para deprender el latín”. Nebrija mismo declara “estar nuestra lengua tanto en la cumbre que más se puede temer el decaimiento della que esperar la subida”. Es a esta actitud imperial que don Andrés Bello responde. 350 años más tarde, oponiendo el dinamismo funcional de su tesis gramatical al estatismo de Nebrija. Aun cuando don Andrés Bello es escritor escrupuloso, preocupado siempre por la claridad del decir y la pureza castiza, le dio a su estilo el dinamismo que sus tesis gramaticales defendían en contrarréplica al sentido abstracto que los escritores del siglo XVI español le habían dado a su lengua abundante de bellezas. Solo Santa Teresa tiene en sus *Curtas* el sentimiento dinámico de la lengua que hablaba su pueblo, su pueblo cotidiano, lengua que los cronistas trajeron a América, donde la abstracción cedió frente al movimiento latente de una lengua hecha, según Fray Hernando de Talavera, para meter bajo el yugo “muchos pueblos bárbaros y naciones de peregrinas lenguas”.

Poco importa lo que las palabras signifiquen a lo largo y a lo ancho de un vasto espacio de la tierra; lo que interesa es la función que jueguen en la expresión de la vitalidad del hombre: con este simple principio don Andrés Bello ganó la verdadera batalla de la unidad política de Latinoamérica. El suyo fue un golpe certero al espíritu dogmático en que había caído la casuística de los pensadores latinoamericanos que aun suspiraban por las delicias coloniales.

El filósofo argentino Alejandro Korn afirma, en sus reflexiones sobre el Dean Funes, que en Latinoamérica el pensamiento teológico, no el escolástico, fue más bien una actitud vital que una norma filosófica. Pues bien, don Andrés Bello lleva esta actitud vital a la técnica y al dinamismo del habla latinoamericana.

El pensador mexicano, don José Vasconcelos, en su interesante *Metafísica*, nos confía que su filosofía es anticallista con lo que quiere significar su odio al general Plutarco Elías Calles que, según él, le birló la Presidencia de la República de México. Es siempre la misma actitud vital. Siempre la acción, con algo de agresivo, frente a la contemplación. Se dijera que la Cuarta Salida de don Quijote fue hacia América y que de esta salida no regresaría más a su querencia machenga. En América no hay molinos de viento sino vientos que mueven molinos.

Los latinoamericanos no fueron nunca buenos católicos, es decir, espíritus ecuménicos. No podían serlo porque la religión es la única tradición que une a estas tierras movedizas. Sin embargo, los latinoamericanos son profundamente cristianos por enteramente religiosos y porque, según la afirmación de Ernesto Renán, no se explica cómo no puede ser cristiano un individuo que siquiera haya conocido una vez la grandeza del mensaje de Jesús. Para el latinoamericano el sentimiento cristiano fue siempre una forma del sentimiento artístico ancestral que el español de la Conquista y la Colonia trató de frustrar desde que puso pie en tierra firme. Por lo menos el sentimiento artístico que hizo posible grandes civilizaciones como las que prosperaron en las altiplanicies de México y del Alto Perú. Don Antonio Caso, el admirable filósofo mexicano que asoma su espíritu en el apogeo del bergsonismo, escribe al respecto muy acertadamente: "En América sí que la religión se transforma en estética. Mientras que el europeo que ya no puede tener religión tiene otras salidas, el americano que no puede tener religión, y que acaso tampoco ciencia, busca un escape estético, hasta el punto de que el esteticismo de la intelectualidad americana parece ser actitud propia de aquellos americanos que no han podido sostener su fe religiosa enfrente de la educación europea". Mariano Picón Salas, por su parte, al estudiar el estilo barroco latinoamericano, sostiene que esta corriente estética es, en América, una frustración sentimental, es decir, una angustia del sincretismo religioso de que es actor involuntario el hombre de nuestra América.

Así, pues, para unos la acción es actitud intelectual cuyas consecuencias animan hasta la vitalidad misma de la lengua cotidiana. Para otros, la posición estética es actitud religiosa por incapacidad de ciencia y de pensamiento lógico. Para todo americano que penetre en lo más íntimo de su conciencia la esencia de su drama total, está en la búsqueda de esta definición de su ser que no es español, ni europeo, ni indígena, pero que tiene de todos estos elementos humanos el ingrediente necesario para constituir la personalidad contradictoria y curiosa que se ha revelado en todas

las encrucijadas del mundo contemporáneo. El novelista chileno Joaquín Edwards Bello, en su obra *El Roto*, hace decir a uno de sus personajes: "Debemos pensar y sentir en americano". Y uno se pregunta, ¿qué significa pensar y sentir en americano? De inmediato se da cuenta de que no es pensar contra España, ni contra Europa, ni contra Estados Unidos, es pensar y sentir como ya quiso hacerlo, en plena colonia, y por cierto que lo logró magistralmente, el mexicano Juan Ruiz de Alarcón, en el Madrid del siglo XVII. Discreción, medida, recato sentimental unidos a la audacia y desfachatez nacidas del complejo de resentimiento que caracteriza al latinoamericano. Algo nuevo en el abanico de sicologías colectivas que se amplía con el interés del mundo conforme los continentes se descolonizan, fenómeno del cual Latinoamérica es precursor.

Quizás también pensar y sentir en americano sea como pensó y sintió Sarmiento su *Facundo*, que continúa siendo el más fecundo de los libros de estas latitudes: relato escrito apasionadamente con el rebenque de un gaucho de la literatura. Es también pensar y sentir con la elegancia de Rubén Darío, cuyo milagro es un hecho inexplicable en un país en que nacen, junto al más grande poeta castellano de este siglo, Augusto César Sandino, genial guerrillero, y Anastasio Somoza, cazador de hombres y fortunas: los tres son los polos contradictorios de un mismo instinto vital que se llama América. Hay una anécdota sobre Rubén Darío que impresionaba mucho a Ventura García Calderón. Se trata de la manera cómo trasladaron a Rubén Darío de su pueblo natal, Metapa, a León de Nicaragua, cuando el poeta era apenas un niño: lo acomodaron en un zurrón colocado sobre una mula y para balancear el peso del pequeño cargamento humano lo equilibraron con otro zurrón cargado de ayotes. Aquel extraño ser, tratado como una mercadería más bajo los soles de su Nicaragua, habría de asistir andando los años, al éxtasis dionisiaco del abrazo de Leda y el Cisne. ¡Sólo en América se da el caso, en pleno siglo XIX, de la posibilidad de gozar del lúcido clasicismo del Mediterráneo en el festín sangriento del Rabinal de Achí! Quizás era esto lo que pensaba instintivamente el roto de Edwards Bello cuando hacía su afirmación en un cafetín de Santiago de Chile.

Ya existen síntesis literarias de esta digestión difícil de las culturas precolombinas, de la de la etapa colonial y de las expresiones humanas de que son personajes centrales los caudillos de la era republicana. Una de esas síntesis, quizás la más notable e importante, es la novela del guatemalteco Miguel Angel Asturias, *Los Hombres de Maíz*. No es este un libro español sino

un libro netamente americano. Es verdad que está escrito en un estilo barroco, de un barroquismo que recuerda a Quevedo. Miguel Angel Asturias en su novela esencialmente religiosa, pues en ella el maíz tiene un sentido sagrado, vital —el maíz, origen del hombre americano—, logra saltar tres siglos de insensatez literaria y revivir toda la poesía telúrica del *Popol-Vuh* en una prosa moderna. Su estilo es denso con la densidad de las selvas americanas. En *Los Hombres de Maíz* no se entra en lo que los críticos llaman “la novela río”, sino en medio del desbordamiento bíblico de una “novela lluvia”, la única que puede tener vigencia en América, sobre todo en los trópicos. Coexisten en esta “novela lluvia” la poesía indígena de los poemas mayas, la austeridad española, beligerante, de las crónicas de Bernal Díaz del Castillo y la modernidad universal que tiene sus raíces en el *Ulises* de James Joyce. Después de este libro se puede afirmar que América tiene su estilo literario, su emoción propia y su mensaje exclusivo. En sus páginas se salta de los siglos anteriores a la conquista, siglos de la “mentalidad heroica” que decía Vico, al siglo de “las mutaciones”, según Paul Valéry. Pero la transición se realiza con una espontaneidad tan notable que los siglos de la colonia apenas si aparecen con su deformación ideológica y su casuística ordenación jurídica: ¡La ley se acata pero no se cumple!

También la República Argentina ha dado su libro definitivo, no tan importante como el de Miguel Angel Asturias, pues las culturas autóctonas del Plata apenas si existieron. Se trata de *Don Segundo Sombra* del novelista Ricardo Güiraldes. A pesar de su tema gauchesco este libro es muy occidental, pues tiene una intención pedagógica de tipo europeo. Es además la culminación total y lógica de una literatura que dio las obras americanas más definidas del siglo XIX: la literatura gauchesca. No se le pueden disputar a *Facundo* ni a *Martin Fierro* este privilegio literario, pues en ambos libros se define un tipo muy americano, arcaizante en su lengua muy siglo XVI, pero esencialmente de esta parte del Océano Atlántico por sus oficios y por su estilo de vida, al margen de la civilización occidental, mas no al margen de la sensibilidad lírica primitiva, orden lógico del afán vital de inmortalidad de todos los pueblos dejados a la mano de Dios.

Don Ramón del Valle Inclán, quizás cansado de las guerras carlistas, quiso hacer una síntesis de las sensibilidades española y latinoamericana en su novela *Tirano Banderas*. Es mucho más fuerte en sus páginas lo latinoamericano que lo español. Hay que abonarle a Valle Inclán que cuando escribió su novela venía de vuelta de las guerras civiles españolas que, entre cuartelazos y pronunciamientos, llenaron todo el siglo XIX de la Península. No

hizo. pues, sino trasladar generales españoles a tierras americanas donde se hallaron tan a sus anchas como en su propio solar. Por otra parte, el tema de la novela de Valle Inclán es la vertiginosa historia del tirano Lope de Aguirre, aquel extraño personaje colonial venezolano que gobernó la Isla Margarita después de haber recorrido toda Sud América en busca de El Dorado. Este paraíso del oro se le escapó de las manos a Lope de Aguirre como más tarde se le escaparía también de las suyas al Cándido de Voltaire: sólo que el personaje de Voltaire, después de haber disfrutado de lo que salvó de su paso por América, se refugió en su jardín para cultivarlo. El personaje de Valle Inclán se convirtió, por lógica muy americana, en tirano. Lo importante es que la literatura española tiende con esta novela de Valle Inclán su puente hacia Latinoamérica para buscar la unión humana que no logran establecer ni los políticos ni las ideologías extrañas a la índole del temperamento pasional de ambas porciones del mundo, separadas y unidas por una misma lengua.

Y es que para llegar a la definición de un ser, de una idea, de una emoción, hay que saber primero dónde están ese ser, esa idea, esa emoción. Las luchas actuales, luchas políticas e ideológicas, tanto da, han clasificado a Latinoamérica en una de las tantas porciones geopolíticas que forman parte del tercer mundo subdesarrollado. Este estado sociológico, que les ha caído a estos pueblos como un sanbenito histórico, los está obligando, y esta es su ventaja y su revancha, a buscar su ser, su ideología, su sensibilidad. Cuando esta definición humanística, el humanismo del subdesarrollo, se logre con claridad, estos pueblos podrán hombrearse con los demás pueblos, cuyo humanismo es ya moneda en influencia histórica, a la plena luz del sol. Latinoamérica no ha buscado este pugilato, como nuestros ancestros, los hombres de maíz, no pidieron a Europa que convirtiera este continente en proveedor de materias primas. A Latinoamérica se le repite en todos los tonos que es un continente subdesarrollado y está lógicamente dispuesta a desarrollarse, a fortalecer sus músculos, a aceitar su espíritu, a pensar por cuenta propia, pero también a decirle al mundo desarrollado que si la reta para la lucha antes quiere saber qué es, quién es y para qué sirve.

Los escritores que con afán heroico han ido definiendo a Latinoamérica mediante el arma sutil de la palabra hasta colocarla en un plano universal, han sido los precursores de esta lucha de las definiciones vitales. También antes del milagro helénico fue el poeta Homero quien fascinó a los griegos y los condujo a su pleno ser. Y Walt Whitman cantó la grandeza de los Estados Unidos antes de que éstos se dieran cuenta de que tenían el más grande

poeta de su raza en formación y que ellos mismos eran la gran potencia del siglo XX. Latinoamérica, gracias a sus poetas y escritores, está entreviendo la claridad en medio de la nebulosa de un amanecer cargado de esperanzas. “Sólo los que no buscan nada —dice Paul Valéry— no encuentran nunca la oscuridad y afirman que no hay que exponer a los demás sino lo que éstos ya saben”. El instante de la creación, sentimiento sensual y húmedo, es doloroso por oscuro e instintivo: el análisis del actual pensamiento latinoamericano proclama con claridad que ese instante ya pasó y que ha llegado la hora del alumbramiento.

La lectura de un gran escritor costarricense, don Víctor Guardia Quirós, nos ha llevado a estas reflexiones sobre lo que podríamos llamar la búsqueda de una definición. A estas actitudes conducen siempre los grandes espíritus. Y más aún cuando esos espíritus de excepción alimentan en su entraña el gusanito de la beligerancia, de la lucha, del sentimiento de pelea contra lo dogmático, lo intolerable, lo dictatorial. Además, cuando alientan el espíritu de universalidad sin el cual no hay cultura, es decir, práctica laica del culto. Si el hombre es síntesis vital de un pugilato amoroso, la cultura es síntesis de la lucha para que ese mismo hombre que nació indefenso de la batalla dionisiaca se encuentre en su propia conciencia.

## **Discurso del Académico D. Arturo Agüero Chaves para contestar el anterior**

Señores Académicos,  
Señoras y Señores:

El interesante discurso que habéis oído, con el cual se incorpora el orador a la Academia Costarricense de la Lengua, confirma las razones que tuvimos los miembros de esta Corporación en elegirlo para que viniese a ocupar la silla vacante, prestigiada muchos años por el distinguido escritor D. Víctor Guardia Quirós. En efecto, con esta pieza oratoria prueba de sobra el recipiendario el acierto de nuestra Academia en traerlo a su seno. Pero este acierto no fue un hallazgo difícil, pues bien conocida es la suficiente capacidad y méritos literarios del Profesor D. León Pacheco.

Aquí han de tener su asiento, por fuero propio, los que de modo ejemplar, y con probado amor, constancia y fidelidad tengan relaciones con la Lengua y las Bellas Letras; aquellos que logren aprovechar con eficacia el rico material idiomático, en forma tal que las obras creadas con él constituyan un logro feliz, en el cual se asome por lo menos discretamente, o se manifieste con plenitud, la buscada faz de la Belleza. Pero aún otra cosa: caben aquí también los que hayan difundido el buen uso de nuestro idioma y el milagro de su literatura.

Por ambas razones, a mi juicio, el Profesor Pacheco es acreedor a esta distinción, porque no solo es un escritor de nota, sino porque también, desde hace muchos años, ha realizado con provecho esa labor no menos eficaz para el incremento de la cultura y el progreso, como es la difusión literaria, ora en la cátedra, ora en sus ensayos.

Formado en el amor a las Letras, y en un medio tan fecundo y de auténtico valor como París, donde fue Secretario de Gómez Carrillo y se relacionó durante muchos años de su juventud con escritores y poetas ilustres, regresó a nuestra patria para enseñar en el Liceo de Costa Rica primero, y después en dos Facultades universitarias: la de Filosofía y Letras y la de Bellas Artes. Años más tarde, cuando ya comenzaban a blanquear sus

cabellos. volvió a París con el cargo de Embajador de Costa Rica en Francia, y durante los cuatro años de permanencia en aquel país estuvo en contacto con las corrientes filosóficas, artísticas y literarias modernas. Y así, renovado y confirmado en la sólida cultura europea, vino a reanudar sus lecciones en la Facultad de Bellas Artes y en el Departamento de Filología de la nueva Facultad de Ciencias y Letras; en la primera enseñó Historia del Arte y en el segundo Literatura Hispanoamericana y Civilización y Literatura Francesas.

Bien ha dicho el nuevo Académico en su discurso que por una serie de circunstancias él y su antecesor, D. Víctor Guardia, son “espíritus de formación literaria parecida”, ya que ambos alimentaron las raíces de sus “conciencias en una cultura eminentemente francesa”. Es así, por cierto; y no sería difícil apreciar este aserto comparando la pluma de ambos escritores, pues a pesar de las diferencias estilísticas personales, en una prosa y otra se manifiestan las comunes líneas generales, de trazos firmes, que ponen de manifiesto claramente la benéfica influencia de aquel rico venero cultural.

Esta no es la ocasión propicia de ocupar la culta y amable atención del auditorio con un paralelo entre ambos escritores. Baste decir que los dos coinciden no pocas veces en su estilo directo, como saeta que no se aparta del blanco, siempre claro y enérgico. Entre fases de pulcritud varonil y sencilla elegancia, libres de maquillajes, salta de pronto la expresión lapidaria de sentido crítico y actitud polémica. Mas, con todo, en vano sería buscar en tales expresiones acritud y rudeza. Porque una cosa es criticar y dar mandobles torpes, como un paleta de la pluma, y otra muy distinta como todo un señor de la misma. Politicastros y escritor-zuelos acomodaticios le achacaron a D. Víctor Guardia el defecto de escribir con el hígado, y seguramente hubieran dicho lo mismo de D. León Pacheco si hubiese escrito con más constancia en tal sentido; pero solamente los insensibles, incomprensivos o intencionalmente vendados no se percatarían de que uno escribió y otro ha escrito con el cerebro en el corazón. Puede ser que a la patria se ame disimulando y callando sus flaquezas y limitaciones, pero también se la suele amar, y mucho, criticándolas con valor y franqueza.

Espíritus afines, en mucho, la de ambos escritores. Por eso al nuevo Académico le resulta fácil interpretar mejor que otros a quien dejó vacante la silla que hoy vuelve a ocuparse. Ya lo hemos oído hablar con propiedad muy certera de su antecesor. Pero a propósito de éste, don León se ha referido, no solo a la influencia de la cultura europea en Costa Rica, sino en todos los países

de Hispanoamérica, y a través de la misma España. “Desde el siglo XVIII, y aun antes la influencia francesa en las letras españolas ha sido importante”, ha dicho en su discurso. Y es cierto, porque desde el siglo XI, con el rey vascón Sancho el Mayor, la influencia francesa franquea los Pirineos. Soplan así los primeros hálitos de renovación, cuyo influjo se nota en la épica y luego en la lírica galaico-portuguesa. Siglos después, en el XVIII, vuelve la poderosa corriente, y así nos llegó a los americanos, asimilada por los españoles que acá vinieron. Pero a fines del siglo pasado y principios del actual, quizá lo más granado de nuestros intelectuales se cultivaron en Europa, sobre todo en Francia, para bien de nuestra cultura. Hoy notamos con nostalgia y desaliento la decadencia de tal cultura, sustituida con desventaja por un pragmatismo dudoso y mal asimilado, por la técnica, por una ciencia a veces sin consciencia —como dijo alguien— y, en fin, por un preponderante sentido material de la vida. Esta desvinculación nociva de las nutrias ubres culturales de Europa se produjo al finalizar la primera Guerra Mundial. Muy pocos compatriotas nuestros, entre los cuales hay que contar al Profesor Pacheco, fueron después al Viejo —pero siempre nuevo— Continente con el propósito de nutrir su intelecto y su corazón.

A propósito de comentar aquellas palabras dichas por don Víctor Guardia, en 1933, a unos jóvenes latinoamericanos que vinieron a Costa Rica para discutir problemas de palpitante actualidad, el señor Pacheco se refiere a esta influencia europea en América, especialmente la francesa. Y entre sus comentarios, que podríamos considerar marginales, me ha impresionado sobremanera que un escritor como él, que se ha considerado frecuentemente dispuesto a la beligerancia, demuestre, con hermosas palabras, su aversión a la guerra y al militar, cuando manifiesta que un ejército, sobre todo latinoamericano, es “montonera insigne e incorregible” Y agrega: “Pero no otra cosa son todos los ejércitos: montoneras técnicas o montoneras primitivas. El fin justifica los medios: y el fin de todo soldado es la muerte anónima por una idea abstracta cuando no por un fanatismo sobornable”. Esto es ser un auténtico soldado de la paz. Aquí se le ocurriría a cualquiera el dicho aquel de que “no es tan fiero el león como lo pintan”; o “como suele pintarse” —añado yo—.

Ah, pero no confundir los conceptos llegando hasta el extremo opuesto: del león pacifista y tolerante al cordero manso y resignado hay una distancia enorme, con límites precisos y vallas infranqueables. Quedan patentes en el discurso del señor Pacheco los impulsos enérgicos, aunque amortiguados intencional y obligadamente, y muchos puntos abiertos a la controversia. Palpita,

ciertamente, un espíritu de paz, pero activo y no contemplativo. Y lo activo lleva implícito siempre un impulso vital que responderá en cualquier momento al imperativo de la lucha, solo que con las armas del razonamiento, y aun del amor. No en vano citó el orador, aunque con otros propósitos, a dos mujeres excelsas de la historia española e hispanoamericana: Santa Teresa de Jesús y Sor Juana Inés de la Cruz, una española y otra de América. No se refirió precisamente a la santa de *Las Moradas*, mística, ni a la religiosa mejicana de los poemas contemplativos, sino a las practicantes de una religión activa, en relación directa con la vida profana, terrenal, actitud vitalísima que ha quedado ahí manifiesta, en el enérgico estilo de sus obras, clásico uno, barroco el otro. “Actitud intelectual —como ha dicho don León— cuyas consecuencias animan hasta la misma vitalidad de la lengua cotidiana”. Actitud que América no tendría —digo yo— sin haberla recibido de España, con parte de su espíritu y su lengua.

En esta lengua eterna que nos fraterniza, y “que es —como afirma don León— el cordón umbilical que nos une a Dios”, me permito dar la más calurosa bienvenida y parabienes, en nombre de la Academia Costarricense, al nuevo académico. “Por la lengua hablará mi espíritu”, dijo aquel sabio escritor vasco-salmantino; y yo concluyo estas frases agregando: con esta misma lengua dialogarán España e Hispanoamérica; si ayer dialogaron en la condición de madre a hija, hoy lo hacen ya, por imperativos del tiempo y el destino, en condiciones fraternales. Así, fraternalmente, saludo al nuevo Académico.

## **La Academia Costarricense de la Lengua en el año de 1962**

### *Informe del Secretario*

La labor de nuestra Academia durante el año de mil novecientos sesenta y dos no pudo ser tan sobresaliente como la del año anterior, cuando éste fue declarado oficialmente AÑO DEL CASTELLANO. Entonces halló la Academia Costarricense la inteligente colaboración del Sr. Ministro de Educación Pública, de manera ejemplar.

No obstante, en el período al cual se concreta el presente informe, nuestra Corporación desempeñó su cometido satisfactoriamente. Para ello no fue óbice la ausencia del señor Director, quien viajó por Europa en los meses de abril a junio; tampoco lo fue la ausencia del aquí suscrito Secretario, quien estuvo en Italia, Suiza y España en los meses de agosto, setiembre y octubre.

Estos viajes, autorizados en las juntas respectivas, corresponden a las ausencias que se destacan en el adjunto cuadro sinóptico de las asistencias de los socios a las sesiones del año. Es de notar a primera vista, si comparamos este cuadro de 1962 con los cuadros de los años anteriores, que la asiduidad propia de una mayoría de los señores Académicos, no solamente se ha mantenido, sino que va en crecimiento con la cooperación de los nuevos socios.

En cuanto a las relaciones internacionales de nuestra Institución, hemos llegado al punto de sentir algún sonrojo porque no se hubiese logrado aún la ratificación del Gobierno de Costa Rica al Convenio Internacional, que fue suscrito por unanimidad en el Tercer Congreso de Academias de la Lengua Española, celebrado en Bogotá del 29 de julio al 6 de agosto de 1960.

La subvención del Estado que se acuerda solicitar en este Convenio para cada una de las Academias, no puede ser causa de la tardanza de nuestro Poder Ejecutivo para proponer a la Cámara Legislativa la referida ratificación, porque la Academia Costarricense de la Lengua percibe una pequeña subvención desde hace diez años, la cual cada año figura en el presupuesto general de gastos del Estado, y no hemos solicitado aumento alguno. Ignoramos qué impedimento existe, acaso un exceso de asuntos, en vía

de tramitación, para que pese a repetidas instancias nuestras en el año de 1961 y en el de 1962, el Gobierno de Costa Rica no hubiese ratificado este Convenio Internacional firmado por un Académico costarricense autorizado por el Gobierno anterior.

En junta celebrada el 5 de mayo de 1962 fue nombrado por esta Academia un nuevo socio: el muy reputado escritor y lingüista don Cristián Rodríguez Estrada. El siguiente día le fue comunicado el nombramiento a Nueva York.

Don Cristián ha trabajado en Norte América durante muchos años como inteligente y hábil traductor: él se radicará en Costa Rica dentro de pocos meses. Ocupará la Silla I. la cual estuvo reservada para don Rodrigo Facio cuando quedó electo, pero él no tuvo la ocasión de incorporarse en la Academia y falleció de manera inesperada el día 7 de junio de 1961. Últimamente, en junta celebrada el 2 de junio de 1962, fue leída una carta de don Cristián Rodríguez por cuyo medio aceptó agradecido el nombramiento recaído en él y acto seguido quedó electo por unanimidad de votos, Académico Costarricense de la Lengua.

En la junta ordinaria celebrada el día seis de octubre, el Director de la Academia, en muy expresivos términos, dio la bienvenida y agradeció la visita del Dr. Arnold Steiger, quien es un personaje sobresaliente en el mundo de la lingüística. En esta feliz ocasión se encontraba él en nuestro país invitado por la Universidad de Costa Rica, para dictar una serie de conferencias sobre materias de su especialidad.

El Dr. Steiger vino al seno de este Cuerpo Literario acompañado atentamente por D. Arturo Agüero, con quien él llevó a cabo muy valiosos trabajos de investigación y planeamiento científicos, especialmente en cuanto se refiere a la confección del mapa lingüístico de nuestro país. En esta ocasión explicó el propio Doctor, que desde hacía bastante tiempo él venía estudiando con don Arturo Agüero dicha materia. Hizo entonces hincapié en la conveniencia de realizar gestiones, ante organismos internacionales, para tratar de conseguir ayuda económica a fin de alcanzar tan importante objeto, porque Costa Rica encierra una riqueza lingüística que sería una lástima perder. Sería la primera vez, añadió, que en Costa Rica se llevara a cabo una empresa semejante, y de ella se derivaría un beneficio inmenso, ya que nos brindaría la oportunidad de orientarnos en lo que ha sido y es el habla costarricense.

La visita de este eminente catedrático, ha sido considerada por esta Academia Costarricense de la Lengua como un honor muy señalado.

A fines del año, una Comisión nombrada por el Ministerio de Educación Pública para celebrar el Día de la Cultura Americana, escogió el nombre de Andrés Bello, a fin de rendir homenaje a la memoria de este eximio filólogo y poeta. Con este motivo el Profesor D. Fernando López Cruz, miembro de dicha Comisión, en atenta carta hizo llegar a nuestra Academia una cordial instancia para que dedicara alguna de sus actividades a honrar a tan eminente figura.

El plazo señalado por la Comisión era perentorio, pero afortunadamente la Asociación Nacional de Educadores celebró a su vez el Día de la Cultura Americana en el Teatro Nacional de esta ciudad. Aquí, don Arturo Agüero dictó una conferencia sobre Andrés Bello, en nombre de la Academia Costarricense de la Lengua.

Estos fueron los objetos más sobresalientes que ocuparon una especial atención de nuestra Academia en ese año. Los demás asuntos han sido los de rúbrica en nuestra Corporación.

Sala España, 2 de marzo 1963

## **La Academia Española trabaja**

Por Julio Casares  
De la Real Academia Española

. . . Y sigue trabajando sin descanso. El hecho de que mis lectores estén al tanto de su labor, desde antes del verano pasado, me es personalmente imputable. He sido yo quien se ha *rajado* (este verbo popular y, si se quiere, algo chulo, acaba de ingresar en el léxico académico); he sido yo, digo, quien ha desistido, por razones que luego se verán, de mantener la comunicación con el público para informarle de las novedades que ofrecerá la próxima edición del Diccionario.

El principal motivo de esa interrupción es precisamente la urgencia con que se está preparando, para darlo cuanto antes a la imprenta, el original de esa edición. Esta tarea, tan minuciosa como delicada y no exenta de responsabilidad, es para mí una preocupación de todas las horas y me obliga a un esfuerzo continuado que no me deja vagar para otros trabajos. El segundo motivo es la consideración de que, si el nuevo Diccionario ha de salir a la luz, como esperamos, en fecha relativamente próxima, no cabe duda de que esto quitaría interés a mi información anticipada, puesto que los lectores pronto podrán apreciar por sí mismos, consultando la obra, cuán copioso es el material léxico con que se ha enriquecido.

Confío en que ambos motivos parecerán a los lectores bastante razonables. A mí, me lo parecían, y con ellos me he disculpado ante los amables comunicantes que, a vuelta de frases halagüeñas, que muy sinceramente agradezco, me han venido aguijoneando para que reanudase la interrumpida serie de estos artículos.

Ahora bien: últimamente he recibido ciertos requerimientos encaminados a igual fin, pero acompañados de una argumentación tan apretada que me ha hecho reconsiderar mis puntos de vista. “¿Es que ha renunciado la Academia —me escribe una importante casa editorial— a su necesaria labor divulgadora y orientadora entre Diccionario y Diccionario, labor a nuestro juicio indispensable ahora más que nunca ante la creciente invasión de nuevas voces propias e importadas?” Un conocido literato y querido amigo, cuyo nombre no estoy autorizado a revelar, me dice

lo siguiente: “¿Cree usted verdaderamente que, salvo algún especialista, el consultante del Diccionario va a dedicar horas enteras a cotejar columna por columna los artículos de la nueva edición con los de la edición anterior para darse cuenta de las novedades que aporta? Desengáñese usted: es mucho más práctico y, sobre todo más eficaz, señalarle una por una, como venía usted haciendo en sus artículos, las nuevas voces y acepciones que acaban de obtener el visto bueno”. Y, por último, en una larga carta que me veo obligado a resumir, se me expone una consideración que es la que más ha pesado en mi ánimo. Hela aquí: “En el supuesto —dice el firmante— de que la docta Corporación haya tomado algún acuerdo, como seguramente lo habrá hecho en varios casos, para salir al paso y cortarles los vuelos a voces extranjeras que amenazan avecindarse en nuestra lengua, es de temer que, por falta de divulgación inmediata de tal acuerdo, el barbarismo campe por sus respetos el tiempo suficiente para enquistarse y ofrecer tenaz resistencia cuando más tarde se pretenda desterrarlo del uso”.

El hecho de que esta carta me haya hecho más mella que otras escritas con la misma finalidad, obedece no sólo al acertado razonamiento de su autor, que a mi entender no tiene vuelta de hoja, sino a una curiosa coincidencia: pocos días antes había yo presenciado un caso real como los que daba por supuestos el firmante de la expresada carta. Y digo que lo he “presenciado”, porque la pantalla de la televisión me ha permitido ver y oír cómo actuaba a sus anchas un barbarismo de los más crudos. Se celebraba un coloquio entre personas muy calificadas para examinar las consecuencias de todo orden que puede tener el empleo del *doping*, y este anglicismo circulaba entre los interlocutores con toda naturalidad como moneda de curso legal.

¿Qué es *doping*? Es la palabra inglesa que denota la acción y efecto del verbo *to dope*, el cual, entre otras muchas acepciones, tiene una específica perteneciente a la jerga del deporte hípico. *To dope* un caballo es aplicarle, mediante inyecciones, fricciones o de otro modo, una droga que lo estimule, que excite sus funciones fisiológicas y le haga correr con más rapidez que lo haría en estado normal. Naturalmente, estas prácticas están consideradas como ilícitas en todos los reglamentos de carreras y han motivado la descalificación de muchos jinetes y cuidadores profesionales.

Este verbo, *to dope*, ha pasado ya al francés con la forma “*doper*” y no han faltado por acá quienes hayan empleado “*dopar*” y hasta alguien, partiendo directamente de *doping*, ha inventado un monstruoso “*dopingar*”. El concepto que estamos examinando

ha ampliado, andando el tiempo, su significación; pues de igual modo que se administran estimulantes a los caballos y a los galgos, se han aplicado productos deprimentes o enervantes a otros animales para amortiguar su bravura y acometividad naturales, como en el caso de ciertas fieras amaestradas y —¡oh manes de la Fiesta Nacional!— el de los toros de lidia.

El empleo de las drogas para fines inconfesables se ha extendido también a las personas. Unas veces se hace sin consentimiento, para sumirlas en un estado de estupor que permite, por ejemplo, embarcar a un marinero contra su voluntad o dejar inconsciente al guardián de un Banco; pero otras veces son los propios sujetos —deportistas, atletas, etc.— quienes usan preparados estimulantes ante la perspectiva de un esfuerzo físico extraordinario.

Ante este estado de cosas, ¿en qué ha consistido el acuerdo de la Academia para minar el terreno a *doping*, *dopar*, *dopado*, etcétera? Sencillamente, en dar la sanción oficial al verbo castellano *drogar*, que ya se venía usando sin ella y que no carece de antecedentes literarios. *Drogar* significará, en lo sucesivo, administrar a personas o animales una droga; cualquiera, ya que nadie podrá acusarnos de haber *drogado* a un sujeto porque le hayamos inducido a tomar bicarbonato o una gragea para la tos. Como presidente que fui de la Comisión Consultiva del Opio en la Sociedad de las Naciones, puedo afirmar que la palabra *droga* y sus equivalentes en francés y en inglés se usaban en dicha Comisión para designar los estupefacientes, uso que se refleja en nuestra Ley de Sanidad de 1944. Hay que partir, por tanto, de una nueva acepción de *droga*, añadida a las que ya tiene, a saber: “Sustancia o preparado medicamentoso de efecto estimulante, deprimente o narcótico”. Así, con referencia a esta acepción, resultan válidas la definición de *drogar* y la de su forma pronominal, *drogarse*.

Queda por resolver qué nombre daremos a la acción y efecto de estos verbos. La solución no es difícil. Basta sustantivar el participio *drogado*, como se hace con otros muchos: el “lavado”, el “planchado”, el “peinado”, el “bordado”, etc. Sirva de precedente un epígrafe a dos columnas, con grandes titulares, publicado en el A B C de 21 de enero de 1956: “Ha vuelto la costumbre del afeitado y del *drogado* de los cornúpetas destinados a ciertos diestros”. Lamento no saber quién fue el afortunado redactor que, por los caminos naturales de nuestra habla, halló la mejor equivalencia del *doping*. Lo que sí sé es que bien merece un aplauso.

(Tomado del A B C del 14 de marzo de 1963)

# Necrología



## Dr. ARNALD STEIGER

Nació en Zurich, el 2 de agosto de 1896.

Murió en Madrid, el 6 de mayo de 1963.

En el número anterior de este Boletín publicamos, con admiración, gratitud y regocijo entrañables, una semblanza personal y académica del eminente filólogo suizo don Arnaldo Steiger, a propósito de haber honrado a esta Academia de la Lengua con su visita del seis de octubre pasado.

¿Quién nos hubiera dicho entonces que pocos meses después habríamos de sentarnos a escribir, así, tan violentamente sacudidos por el duelo, esta noticia necrológica? Nadie, porque ni siquiera el Maestro sospechaba que su generoso corazón habría muy pronto de suspender sus latidos.

Fue sorpresiva, como su muerte, la noticia que recibimos. En Madrid, el seis de mayo anterior, un inesperado y violento infarto de miocardio apagó la vida fecunda y brillante del sabio Profesor. Fue un lunes, cuando tenía que volver a las aulas de la Universidad y a sus labores en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid, al cabo de unas cortas vacaciones que pasó en Zurich, al lado de su familia.

Un grupo de colegas y alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras acompañó sus restos al Cementerio de San Justo. Allí, en el tercer patio, reposa nuestro amigo, y en la plancha gris de mármol que cierra su angosto lecho se lee:

**DR. ARNALDO STEIGER**

Catedrático Extraordinario de la Universidad de Madrid

Murio el 6 de mayo de 1963

Fríos parecen los epitafios; muy fría la noticia lapidaria, último dato biográfico, el de una vida terrenal; pero los que dejaron brillantes y bien sazonados frutos a sus semejantes, como el Dr. Steiger los dejó en el ámbito complicado y vastísimo de la ciencia lingüístico-filológica, prolongan su vida más allá de la muerte, incluso en este mundo. Ciertamente: queda su obra fecunda, fruto y semilla; y asimismo queda en el corazón de quienes lo conocimos, y aun tuvimos el privilegio de ser sus amigos, el recuerdo conmovido y gratisimo de su leal amistad y sus otros dones magníficos.

Envueltos en aquel grave y misterioso silencio del Cementerio de San Justo, en donde Bécquer también tuvo su morada muchos años, nos resistimos a meditar como este poeta:

¡Dios mío, qué solos  
se quedan los muertos!

El romántico ambiente no logró del todo contagiarnos e imponerse, pese a la fuerza de su influjo, en nuestro espíritu. Había sido mayor el entusiasmo, la fe y la esperanza que nos infundió aquel Maestro venerado para continuar con afanes renovados

la modesta labor que nos hemos impuesto en este mundo. Preferimos evocar a Machado, cuando al morir don Francisco Giner de los Ríos cantó su optimista elegía:

¿Murió? Sólo sabemos  
que se nos fue por una senda clara  
diciéndonos: "Hacedme  
un duelo de labores y esperanzas.  
Sed buenos y no más; sed lo que he sido  
entre vosotros: alma.  
Vivid: la vida sigue;  
los muertos mueren y las sombras pasan.  
Lleva quien deja, y vive el que ha vivido.  
Yunque, sonad; enmudeced, campanas".

El Dr. Steiger vive y seguirá viviendo en sus obras. Y también vivirá en el alma de sus colegas, discípulos, deudos y amigos.

---

---

LISTA DE PUBLICACIONES RECIBIDAS  
POR LA ACADEMIA COSTARRICENSE DE LA LENGUA  
De enero a agosto de 1963

- |  |  |
|--|--|
| ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS<br><i>Boletín</i> . Tomo XXVI. N° 99. Imp. Coni<br>Buenos Aires. 1961.<br><i>Boletín</i> . Tomo XXVI. N° 100. Imp. Coni.<br>Buenos Aires. 1961. | ACADEMIA MEXICANA<br><i>Anuario</i> 1962. México, D. F. Ed. Jus.   |
| ACADEMIE CANADIENNE-FRANÇAISE<br>Cahiers de L'Académie Canadienne-Fran-<br>çaise. s.p.i. 1963.   | ACADEMIC PRESS<br><i>Catalog</i> . 1963.<br>ANDERSON WILLIAM<br><i>Pompey, his friends, and the literature<br/>of the first century B. C.</i> (s.p.i.) 1963.<br><i>Blanco y Negro</i> . Revista. Madrid. 1962. |
| ACADEMIA COLOMBIANA<br><i>Boletín</i> . Tomo XII. N° 45. Ed. Pax. 1963.  | BUNDY, ELROY L.<br><i>Studia Pindarica</i> . Tomo I. s.p.i. Califor-<br>nia. 1962.<br><i>Studia Pindarica</i> . Tomo II. s.p.i. Califor-<br>nia. 1962.   |
| ACADEMIA CHILENA<br><i>Boletín</i> . Tomo XVI. Cuaderno LIV. Ed.<br>del Pacífico. Santiago de Chile. 1963.   | ERMOLAEV, HERMAN<br><i>Soviet Literary Theories 1917-1934</i> . s.p.i.<br>U.S.A. 1963.   |
| ACADEMIA HONDUREÑA<br><i>Boletín</i> . N° 9. Imp. Calderón Tegucigal-<br>pa. 1962.   |  |

## Boletín de la Academia Costarricense de la Lengua

### FOUNDATION SINGER-POLIGNAC

*Cahiers du Pacifique*. Juin. N° 4. s.p.i. París. 1962.

### GONZALEZ DE LA CALLE, PEDRO

*Contribución al estudio del bogotano*. Imp. Patriótica del Instituto Caro y Cuervo. Bogotá. 1963.

### HOFFMANN, CHARLES W.

*Opposition poetry in nazi germany*. s.p.i. California. 1962.

### IBAÑEX-MARTIN, JOSE (Director)

*Arbor*. Revista general de investigación y cultura. N° 198. Tomo LII. Madrid. 1962.

### INSTITUTO CARO Y CUERVO

*La pronunciación del español en América*. Imp. Patriótica de del Instituto Caro y Cuervo. 1963.

*Thesaurus*. Boletín. Tomo XVII. N° 3. Imp. Patriótica del Instituto Caro y Cuervo. Bogotá. 1962.

### INSTITUTE OF ZOOLOGY

*Bulletin*. Vol. 1. N° 1. s.p.i. Taiwan. 1962.

### INTER-AMERICAN COMMITTEE ON BIBLIOGRAPHY

*Bibliography*. N° 19. s.p.i. Washington. 1962.

*Bibliography*. N° 1. Vol. XIII. s.p.i. Washington. 1963.

*Bibliography*. N° 2. Vol. XIII. s.p.i. Washington. 1963.

### KANES, MARTIN

*Zola's labete humaine*. s.p.i. California. 1962.

### LINFORTH, IVAN M.

*Electra's day in the tragedy of Sophocles*. s.p.i. Los Angeles. 1963.

### MARTINEZ CENTENO, ROBERTO

Discurso de incorporación, como individuo de número de la Academia Venezolana de la Lengua. s.p.i. Caracas. 1963.

### REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

*Boletín*. Tomo XLII. Cuaderno XLXVI. mayo-agosto. Imp. S. Aguirre. 1962.

*Boletín*. Tomo XLII. Cuaderno XLXVII. *Informe de labores*. Ed. Universitaria. Oruro. 1961.

### UNESCO

*Boletín de derecho de autor*. Vol. XV. N° 2. París. 1962.

*Oriente occidente*. Vol. V. N° 3. s.p.i. 1962.

*Oriente occidente*. Vol. V. N° 4. s.p.i. 1962.

*Oriente occidente*. Vol. V. N° 5. s.p.i. Imp. S. Aguirre. 1962.

### UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS

*Boletín Universitario*. Nos. 9, 10, 11 12. Imp. de la Universidad Mayor de San Marcos. Lima. 1962.

### UNIVERSIDAD TECNICA DE ORURO

*Documentos del IV Consejo Nal. de Dirigentes Universitarios*. Ed. Universitaria. Oruro. 1961.

*Reglamentos*. Tomo I. Ed. Universitaria. 1961.

